

Apuntes sobre la mística (fragmentos)

Rafael Cadenas

Me cautiva el lenguaje de los místicos, especialmente, desde luego, el de los españoles. Tienen el don de acuñar expresiones indelebles para comunicarnos un saber, que es más bien, en última instancia, un no saber. La prosa de San Juan de la Cruz, más poeta que Santa Teresa, no tan buen prosista como ella, está llena de frases insustituibles. De ambos y hasta del escueto Molinos suelo copiar las que más me gustan, aunque ellos no escribieron para deleitarnos lingüísticamente. ¿Es ésta una deformación de alguien que degusta el idioma, lo bien dicho, la expresión como troquelada para siempre? Tal vez; ellos se prohibían tanto que no sé si disfrutaban del inofensivo placer de sus prodigios verbales. Los lectores sí los gozan, y saben que los decires de los místicos, no sólo por su belleza formal, sino por hondos, los acompañarán siempre.

Desprenderse para ser libre, tal es la exigencia capital de los místicos. Han de romperse las ataduras. El alma debe irse "quitando querer", dice bellamente San Juan de la Cruz. Esto en el estadio inicial. Después quien obra es Dios. Lo cual podría decirse de otra manera: que una instancia distinta al yo comienza a operar. El vacío que se hace en el alma desnuda lo ocupa una presencia desconocida. O tal vez el vacío sea esa presencia.

¿Qué es la iluminación? En San Juan, la unión con Dios, último tramo del proceso místico. Él y casi todos los místicos señalan una sola vía hacia Dios. No les dejan alternativa a los que creen que hay muchos caminos hacia él, algunos hasta insospechados. Tal vez no haya ninguno, tal vez cuando se prescinde de la idea de camino, de distancia a recorrer, y recobra su intensidad el presente, puede sentirse la cercanía del misterio.

Sin apertura hacia el enigma, la vida se vuelve unidimensional.

Tampoco podemos vivir volcados hacia él. Muchas voces nos llaman desde el mundo, y acudimos, pero no ha habido escisión; la vida corriente no está, no puede estar separada de su fundamento.

Tal vez sea oportuno agregar que debo sobre todo a ciertas lecturas vislumbres que de otro modo no hubiera tenido.

Los libros no son letra muerta como quieren los que pretenden, en absurda rivalidad, oponerlos a la vida. Son seres vivos, con voz, y voz incesable.

Los místicos desdeñan la palabra —aunque hay algunas excepciones— pero suelen usarla con maestría. Muchos de ellos son escritores imprescindibles. ¿Entonces por qué desaman el instrumento del cual se sirven para la transmisión de su experiencia? Después de todo, el lenguaje también nos es dado: naturaleza y cultura se alían para ponérselo en la boca. Recuérdese asimismo que no es muy religioso desdeñar.

A propósito, tengo en mis manos *L'éveil à la conscience cosmique*, libro de un maestro hindú afiliado al tantrismo, quien consecuente con lo que ya parece una costumbre, arremete contra el lenguaje. En la última página se encuentra la lista de sus obras publicadas: la cifra rebasa la de cualquier escritor alucinado por la palabra. Las he contado: pasan de ochenta.

Solemos hablar del misterio del universo sin incluirnos, como de cosa ajena, como si no formáramos parte de él, como si no le perteneciéramos. A estas alturas podríamos darnos cuenta de que ese misterio nos constituye; de que somos misterio, de pies a cabeza; de que el misterio está en cada poro, cada célula, cada átomo que nos forma. El espacio más familiar, el espacio donde nos movemos, el espacio cotidiano, es el mismo de las estrellas.

Tomado de: *Apuntes sobre San Juan de la Cruz y la mística*, Caracas, Fondo Editorial "Orlando Araujo", 1995